

No~~s~~otro~~s~~ somo~~s~~ humano~~s~~, lo~~s~~ otro~~s~~ no.

El estudio de la De~~s~~humanización y la Infrahumanización en Ps~~i~~colo~~g~~ía

Armando Rodríguez Pérez
Catedrático de Psicología Social
Facultad de Psicología
Universidad de La Laguna

Resumen

La mayoría de los estudios psicosociales sobre las conductas destructivas y de crueldad masiva de los seres humanos reconoce la concurrencia de una representación deshumanizadora del otro. Sin embargo, no existe aún en psicología una definición clara del concepto de deshumanización, no hay acuerdo sobre las condiciones en que se produce, y tampoco hay consenso en las estrategias operativas que se emplean. El propósito de este artículo es presentar el perímetro interno de las distintas formulaciones que existen hoy en Psicología Social sobre la deshumanización. Para ello comienza centrando el tema en el ámbito de las relaciones intergrupales ya que, en contraste con el perfil individual, es ahí donde la deshumanización tiene efectos más perversos. El segundo epígrafe, introduce la perspectiva subjetiva, bien arraigada socialmente, sobre la existencia de "esencias", una teoría implícita que conforma los cimientos del proceso de deshumanización del otro. El tercer epígrafe, presenta las principales aportaciones sobre deshumanización organizadas en cuatro grupos. El primero, la entiende como deslegitimación del otro; el segundo, como una alteración en la dimensión moral; el tercero como infrahumanización; y el cuarto, como privación de rasgos típicamente humanos. El artículo termina con una síntesis de las distintas explicaciones presentadas.

Introducción

Deshumanizar es privar al otro de aquellas cualidades que le distinguen como ser humano. Algunas de estas cualidades son la inteligencia, el amor, la felicidad, los valores, las creencias morales, el lenguaje y la vergüenza. Son cualidades que se tienen o no se tienen. No basta tener unas y carecer de otras. Todas son necesarias para decir de alguien que es un ser humano. Por eso, la deshumanización no es un sustantivo que admita grados. O se es humano o no se es humano.

Obviamente todos los individuos son seres humanos. Ciertamente que muchos en el pasado no compartieron esta afirmación. Pero, si hoy quedara algún nostálgico, se me antoja que los avances en genética proporcionarían argumentos más que suficientes para desanimarlo de inmediato y con contundencia. Lamentablemente, la ciencia no es el principal motivo de inspiración de las creencias. Si esto fuera así, este artículo sobre deshumanización debería terminar aquí. El tema carecería de interés para los científicos y sus inquietudes se moverían en otros horizontes.

Sin embargo, todos somos conscientes de cómo las guerras, los exterminios, las limpiezas étnicas y las agresiones más despiadadas se acompañan de actitudes deshumanizadoras hacia las víctimas. Los torturadores más competentes se imaginan a sus cautivos como animales, demonios o dispositivos incapaces de sentir algo más que dolor. La equiparación de grupos humanos étnicos, religiosos o políticos con las ratas o las cucarachas¹, ha proporcionado justificación a la acción genocida de los perpetradores. La equiparación de las mujeres con objetos de placer, bienes fungibles o máquinas reproductoras,² así como con entes zoomórficos (zorras, víboras, vampiros, conejas, lagartas), ha facilitado las conductas de dominio de los hombres. Por último, y sin que ello agote todos los escenarios de deshumanización, la equiparación de los discapacitados, los desempleados y los inmigrantes con todo tipo de parásitos ha reforzado las creencias y las actitudes de rechazo y exclusión social.

Además, la deshumanización no es una actitud epidérmica, algo que tiene lugar en el escenario temporal de una tertulia de taberna. Muy al contrario, es algo que tiene raíces bien firmes y cuyo alcance se observa fielmente en los resultados hallados por Harris y Fiske (2006), en el marco de un experimento en el que mostraron a sus participantes un gran número de fotografías. Estas contenían imágenes de personas de distintos grupos sociales (atletas olímpicos, profesionales de los negocios, personas mayores, y drogadictos), así como imágenes de distintos objetos (coches deportivos, cementerios, retretes sucios, basura) que se sabía de antemano que propiciarían reacciones como la envidia, la pena, el orgullo o el asco. Harris y Fiske registraron mediante resonancia magnética funcional (fMRI) las zonas del cerebro que se activaban con la presentación de cada estímulo. La parte del cerebro que responde diferencialmente cuando procesa información social y cuando procesa información no social es el cortex prefrontal medial (CPFm). Por ejemplo, se ha observado que esta parte se activa cuando las personas forman una impresión de otra persona (y no cuando forman una impresión de un objeto), cuando las reacciones implican afecto interpersonal y cuando se llevan a cabo inferencias relativas a personas (más que a cosas). Esta fue la zona que se activó cuando se presentaron las imágenes de personas de distintos grupos sociales considerados en términos estereotípicos como grupos sociables y grupos competentes.

Como se esperaba, la zona del cerebro que se activó en los participantes cuando vieron las fotos de objetos desagradables (basura, retretes sucios), no fue el cortex prefrontal medial (CPFm) sino la zona de la amígdala y la ínsula. Pero, lo realmente sorprendente, es que cuando se les presentó a través del monitor las fotos de personas pertenecientes a grupos marginados (ni sociables, ni competentes) no se activó aquella zona del cortex sino la amígdala y la ínsula. Las autoras concluyen que "esta evidencia neural confirma la predicción de que los exogrupos extremos se perciben como individuos menos humanos, de que se les percibe deshumanizados" (Harris y Fiske, 2006, pág. 847). Todo indica que los miembros de ciertos grupos sociales son deshumanizados y se perciben como si no fuesen capaces de experimentar emociones humanas complejas, de compartir creencias o de actuar según los valores y las normas sociales y morales. Es decir como si estuviesen excluidos de la Humanidad.

A la vista de todo lo expuesto es manifiesto que la deshumanización conforma una trama con ramificaciones en las conductas personales e interpersonales, pero que es en el perímetro de las relaciones intergrupales donde adquiere su dimensión más terrorífica. Es, en este escenario, donde sirve en bandeja argumentos llenos de racionalidad destructiva.

En este artículo me propongo presentar las propuestas teóricas más desarrolladas en Psicología Social sobre la deshumanización. En primer lugar, centraré el problema en el ámbito de las relaciones intergrupales y en la facilidad con la que asoma el prejuicio y la descalificación del otro en contextos sociales más allá del perfil psicológico de los individuos. En segundo lugar, introduciré el concepto de esencialismo subjetivo como uno de los cimientos básicos que sirven para entender el proceso psicológico de la deshumanización. En tercer lugar, haré una exposición concisa de las principales aportaciones sobre deshumanización organizándolas en cuatro grupos. El primero, que se centra en la deslegitimación del otro, el segundo que lo hace en torno a la dimensión moral del ser humano, el tercero lo trata desde la infrahumanización empleando como marco comparativo el mundo animal y el cuarto que lo entiende como la privación de rasgos típicamente humanos. Finalmente, se presenta una síntesis de las distintas explicaciones presentadas.

Cuando el cesto está podrido se pudren todas las frutas

Es muy cómodo considerar que la deshumanización del otro es un comportamiento exclusivo de individuos rígidos, de fanáticos, de torturadores, de psicópatas o de gente sin atisbos de misericordia, ni de empatía con los demás. Incluso, atendiendo a consideraciones más estéticas, todos hemos sido testigos históricos de grandes iluminados capaces de pensar en lo impensable y poco a poco pregonar que lo soñado es posible para terminar asegurando que lo probable es real. Con todo, si fuera cierto que los actos más crueles son obra de individuos aislados, bastaría con marginarlos, recluirllos y someterlos a una cohorte de terapias que consiguieran contener la acción de disposiciones internas tan perversas. Esa fue la decisión que tomaron las autoridades norteamericanas con el soldado Lynndie England, protagonista de las impresionantes fotos tomada en Abu Ghraib en una de las cuales se la ve arrastrando con una correa a un preso desnudo por los pasillos de la prisión.

Sin embargo, la psicología social se ha rebelado contra esa acomodaticia y caprichosa explicación de todo basándose en rancios traumas irresueltos, edipos insatisfechos o destetes prematuros, dando prioridad al papel que desempeña en el comportamiento social la urdimbre que vertebra el orden social y que provee de significado al individuo y a los grupos humanos. Eso es lo que testimonió el famoso e inquietante experimento de Zimbardo (Zimbardo, Haney, Banks y Jaffe, 1973), quien hace ya varias décadas diseñó un estudio con el propósito de averiguar el poder que tenían los roles sociales en la conducta de los individuos. Zimbardo dividió aleatoriamente a los participantes en el experimento en dos grupos. A unos les encomendó el rol de carceleros y a la otra mitad el rol de cautivos. Los sótanos de la universidad de Stanford fueron acondicionados con celdas y se distribuyeron uniformes de guardias y presos así como todos los complementos que otorgaban a la situación los ingredientes de un escenario real. Una vez comenzó el experimento, la interacción entre los presos y guardias pasó de ser informalmente interpersonal a ser intergrupala y las conductas de unos y otros a responder a las exigencias del rol. Para sorpresa de Zimbardo, en menos de 24 horas apareció el conflicto y la violencia psicológica. El experimento, que desde la distancia que concede el tiempo, parece un entretenimiento de patio de colegio, tuvo que ser interrumpido mucho antes de lo previsto. Los participantes, estudiantes de psicología, de clase media y nivel cultural alto, fueron víctimas de una sorprendente metamorfosis que les llevó a primar en su repertorio conductual acciones de humillación, crueldad y destrucción.

El experimento de la prisión de Stanford dejó bien sentado el poder que tiene la situación y el efecto corrosivo que ejerce sobre la mente de todos los individuos cuando se está embarcado en un escenario de relaciones intergrupales. Ahora bien, ¿qué características tiene que tener la situación para que se inicien comportamientos discriminatorios encaminados a beneficiar al endogrupo frente al exogrupo?

Tajfel (1981), otro insigne psicólogo social nos dio una primera solución. Tajfel mostró que la conducta discriminatoria hacia las personas no requiere escenarios conflictivos, ni competencia por recursos. Desafortunadamente, es más sencillo que todo eso. Basta activar en la persona su identidad grupal, su sentido de pertenencia a un grupo y colocarlo en un contexto intergrupala. En estas circunstancias, aunque la persona no sepa quiénes son los otros miembros de su grupo, y desconozca

quienes son los miembros del exogrupo, surge rutinariamente una fuerte tendencia a favorecer al endogrupo. Este comportamiento es, además, independiente del perfil psicológico de los participantes en el experimento. La discriminación es una reacción prácticamente espontánea en la dinámica de las relaciones intergrupales, es decir en un contexto "en el cual toda la conducta mutua de dos o mas individuos está determinada por su pertenencia a diferentes grupos o categorías sociales" (Tajfel, 1984, pág 275)

Tanto en el experimento de Zimbardo como en el experimento de Tajfel, el contexto intergrupar se convirtió en una contingencia muy sólida de la conducta social y sobre todo en una máquina imparable de procesos de polarización (nosotros vs. ellos), de procesos afectivos y evaluativos (buenos vs. malos), y en una fábrica de representaciones simplificadas del otro y de una imaginaria deshumanizadora llena de ingenio, terror y humillación.

Del alma indígena a la cigüeña asesina

Las investigaciones recientes sobre deshumanización se están apoyando en una consideración básica: La teoría implícita bien extendida en todas las sociedades sobre la existencia de esencias como propiedad básica de las cosas. Es decir, la convicción de que algo muy profundo regula las características fenotípicas y el comportamiento de todo lo que existe. Dos episodios caprichosos en el escenario de la "ciencia" europea ayudarán a entender este esencialismo subjetivo tan concluyente para las explicaciones sobre la deshumanización.

La primera proviene de la consideración que mereció a los conquistadores españoles la población indígena americana. Los conquistadores bajo el velo de corrientes teológicas de la época, como la liderada por Juan Jiménez de Sepúlveda, entendían que los indios no eran sino bestias. Para ellos todo el peso de la prueba descansaba en la posesión de alma. Esa era la "esencia de lo humano". Puesto que muchos asumían que aquellos carecían de alma, eran equiparables a las bestias. Tenían la misma naturaleza de las bestias, carecían como éstas de alma y podían, por tanto, ser sujetos a la esclavitud.

El alma, constituye aquí la esencia, y esta "esencia invisible" determina la categoría en la que acomodamos al grupo. Lo real no tiene que ser evidente, basta con que responda a las características de las relaciones intergrupales de ese momento. En este caso, a las ideas colonialistas imperantes en Europa en el siglo XV y a las necesidades del desarrollo económico. Pero también, respondía, en una interpretación más virtuosa, al empeño taxonómico de la época por encontrar similitudes superficiales entre las sociedades poco desarrolladas y los primates con el propósito de apuntalar la tesis monogenista que consideraba a los negros una especie a medio camino entre los animales y el hombre.

La segunda ilustración la sustento en el bien conocido libro de Cesare Lombroso, pionero en los estudios científicos sobre el perfil del criminal. Lombroso apuntó que los locos, los criminales y los degenerados biológicos podían ser identificados por su constitución física. Es decir, que las "anomalías morales" de los individuos podían detectarse midiendo cráneos, orejas, narices y mentones. Con esta comparación de los criminales con los animales, los salvajes y las personas de razas inferiores, Lombroso lo que hacía era documentar el argumento básico de la recapitulación del zoólogo alemán Ernst Haeckel (1866) quien declaró que la ontogenia era una recapitulación de la filogenia y que, a lo largo de su crecimiento, cada individuo atraviesa una serie de estadios que corresponden, en el orden correcto, a las diferentes formas *adultas* de sus antepasados; en pocas palabras que cada individuo escala su propio árbol genealógico. Solo bastaba observar las semejanzas entre las hendiduras branquiales del embrión humano al comienzo de su desarrollo y el estadio adulto de un pez, o la aparición de la médula espinal y el estadio adulto de un reptil para convencerse de ello. Los científicos, interesados en establecer diferencias jerárquicas entre los grupos humanos, llegaron a la conclusión de que los *adultos* pertenecientes a grupos *inferiores* eran como los *niños* de los grupos *superiores*, ya que el niño representa un antepasado primitivo adulto. Si los negros y las mujeres adultos son como los niños varones blancos, entonces vienen a ser los representantes vivos de un estadio primitivo de la evolución de los varones blancos. Además, para explicar que los rasgos simiescos propiciaban una inclinación natural hacia lo salvaje, hacia lo criminal, Lombroso se preocupó de hacer descripciones detalladas del comportamiento asesino de los animales. Cita, por ejemplo, el caso de una hormiga cuya furia la impulsa a matar y despedazar un pulgón; el de una cigüeña que, junto con su amante, asesina a su marido; el de unos castores que se asocian para asesinar a un congénere solitario; el de una hormiga macho que no tiene acceso a las hembras reproductoras y viola a una obrera, cuyos órganos sexuales están atrofiados, provocándole la muerte en medio de atroces dolores. Como en el

episodio anterior, también en este se observa el énfasis que se pone en el enorme poder que tienen las esencias más profundas cuyas fuerzas invisibles determinan intenciones, comportamientos y apetitos.

Lo característico, por tanto, del esencialismo subjetivo es que considera que cosas que parecen iguales comparten propiedades más profundas. De hecho, esa relación entre lo superficial y lo profundo, entre las características físicas y las disposiciones intelectuales y emocionales va a proporcionar, al cabo de los siglos, una cobertura razonablemente científica a los registros de la antropología y la biología sobre la existencia de una esencia humana. En esos registros, las diferencias superficiales se entenderán como la manifestación de diferencias esenciales en el carácter, en la inteligencia, en las intenciones, en las habilidades y en las creencias morales.

Y lo realmente insólito es que estas ideas esencialistas siguen estando vigentes e interviniendo poderosamente en la organización cognitiva de la realidad social. Es obvio que no existe la esencia del blanco, del inmigrante, o del canario, pero las personas generalmente consideran que esas distinciones categoriales reposan sobre propiedades de este tipo, es decir, sobre algo profundo e invisible.

Recientemente, Rothbart y Taylor (1992) han propuesto que este esencialismo psicológico, es particularmente activo respecto a las categorías sociales. Ellos parten de la distinción entre categorías naturales (p.ej. mamíferos, minerales, etc.) y artefactos humanos (p.ej. electrodomésticos, automóviles, etc.). La pertenencia a la categoría de artefactos humano se basa en la posesión de un conjunto de características arbitrarias (son blancos, se compran en una tienda, tienen ruedas), mientras que las categorías naturales se organizan alrededor de cualidades de naturaleza esenciales (son vivíparos, dan de mamar a sus crías). Según Rothbart y Taylor (1992), hay otro tipo de categorías, las categorías sociales (canario, alemán, árabe), que por ser artificiales deberían ser consideradas como artefactos humanos. Sin embargo, se las considera más parecidas a las categorías naturales. Al fin y al cabo, los individuos perciben regularidades físicas como el sexo, la etnia, la vejez, etc., y estas características superficiales son un buen reflejo de esencias, de rasgos más profundos. La idea de una esencia subyacente sugiere que los perceptores estiman que la pertenencia a una categoría social refleja su verdadera identidad, su naturaleza real y estarían vinculadas en la mente de los sujetos con propiedades subyacentes. Las personas asociarían, por ejemplo, el color de una piel a un conjunto de comportamientos, a una "naturaleza psicológica".

Ciertamente, entonces como ahora, esta motivación por asimilar al negro con el mono más que con el hombre refleja las características de las relaciones intergrupo.

Máquinas, demonios y animales: La investigación psicosocial sobre la deshumanización.

En la actualidad hay varias líneas de trabajo sobre la deshumanización que hemos agrupado discrecionalmente en cuatro epígrafes. El primero, incluye la teoría de la deslegitimación de Bar-Tal (1989) que, básicamente, se centra en el proceso de deshumanización (condiciones y estrategias). El segundo, comprende todas las formulaciones centradas en la dimensión moral del ser humano. Se han incluido aquí un desigual conjunto de teorías que representan la deshumanización como exclusión moral (Opatow, 1990), como disparador de crímenes en masa (Kelman y Hamilton, 1989), como respuesta derivada de la desconexión moral del individuo (Bandura, 1988), y como resultado de jerarquías de valores discrepante (Schwartz y Struch, 1989). El tercero, se centra en la teoría recientemente propuesta por Leyens et al. (2000), quienes consideran que la infrahumanización consiste en sustraerle al otro alguna cualidad exclusivamente humana, una actitud que no necesita más requisitos que un contexto intergrupo y un mínimo de identificación endogrupal. Y, finalmente, en el cuarto epígrafe se ha expuesto brevemente la aportación de Haslam (2006) que, aunque sigue la estela de la propuesta de Leyens et al. (2000), concentra sus discrepancias en las cualidades que se sustraen al exogrupo. Si en el caso de Leyens, estas se refieren a una cualidad exclusivamente humana, la capacidad de experimentar sentimientos, en Haslam se trata de cualquier cualidad humana aunque esta sea compartida con los animales o con las máquinas.

La deshumanización como deslegitimación

Para Bar-Tal (1989), las víctimas de la deslegitimación son los grupos extremos, marginados, con los que exista un conflicto intergrupalo. El grupo se siente amenazado porque percibe que el exogrupo le impide lograr sus metas y, además, percibe las metas del exogrupo como ultrajantes, inverosímiles, irracionales y malévolas. En este contexto, la deslegitimación ayuda a defender la supervivencia del endogrupo frente a esas amenazas independientemente de que sean reales o imaginarias. No

obstante, para que se produzca la deslegitimación es precisa la existencia de un fuerte etnocentrismo grupal. La deslegitimación ayudaría a los miembros del endogrupo a verse a sí mismos como virtuosos y superiores y ver a los del exogrupo como despreciables e inferiores.

Según Bar-Tal (1990), la deslegitimación del exogrupo, la deshumanización, se lleva a cabo mediante la atribución de características tan extremadamente negativas que excluyen al exogrupo del escenario humano compartido por los grupos sociales. Esto tendría lugar en un proceso de varias etapas. En primer lugar, se percibe y categoriza al exogrupo atendiendo a un solo criterio informativo que es, además, el más saliente y negativo para, posteriormente, colocar dicha categoría fuera de los límites en los que se encuentran los grupos socialmente aceptados. En ese espacio virtual se le mantiene independientemente de las contingencias que se produzcan. Las categorías que se emplean para excluir al exogrupo del espacio categorial de los seres humanos son categorías del mundo animal (ratas, cucarachas,...), artefactos (veneno, basura,...), categorías relativas a seres amenazantes (demonios, invasores,...), y categorías relativas a proscritos (asesinos, terroristas). También se deslegitima cuando se emplean "categorías de rasgos extremadamente negativos" (p.ej. "perezosos" asociado a desempleados, negros y gitanos), y categorías políticas socialmente inaceptables (fascistas, nazis).

Una vez mancomunados etiqueta categorial y grupo, la siguiente fase consiste en asociar al grupo emociones negativas que propicia la categoría (si son cucarachas se puede asociar al grupo emociones como asco, miedo y aversión). En tercer lugar, la deslegitimación pasa por apoyar normas sociales e instituciones que mantengan y refuercen este proceso. En cuarto lugar, se añade a la información única sobre el grupo deslegitimado otras informaciones de naturaleza conductual (preferentemente información sobre conductas dañinas que puede ejecutar ese grupo). Finalmente, la deslegitimación añade a la cultura del endogrupo un nuevo repertorio de conductas que aunque moralmente reprobables se consideran aceptables y justificadas cuando se dirigen a los miembros del exogrupo deslegitimado, conductas que, en los casos más extremos, incluirían la esclavitud, la tortura y el exterminio.

La deshumanización como exclusión moral y desconexión

También en este grupo de teorías la deshumanización tiene como blanco a los extraños, los enemigos o los miembros de grupos desfavorecidos. Sin embargo, la deshumanización se lleva a cabo colocando al exogrupo fuera de los márgenes en los que nos sentimos obligados a aplicar normas morales, reglas sociales y consideraciones de justicia. Según Opatow (1990), cuando las personas categorizan el mundo social establecen los "espacios categoriales" que quedan incluidos y excluidos del mundo moral. Obviamente, los sentimientos de obligación moral se reservan siempre a la familia, a los amigos y a aquellos que comparten valores, normas y cultura.

No obstante, hay ocasiones en las que los individuos cambian los límites en los que aplican los valores morales. Así, por ejemplo, cuando las personas están en un contexto caracterizado por el conflicto (p.ej. entre israelíes y palestinos), hay normas muy fuertes a favor del consenso y la cohesión del endogrupo. Y, simultáneamente, un debilitamiento de la obligación moral hacia aquellos que irradian una imagen de enemigos peligrosos y amenazadores. Esta contingencia se amplifica o disminuye en función de la severidad del conflicto: a mayor intensidad o severidad del conflicto, más reducidos son los límites de aplicación de la justicia (Opatow, 1990). Y, en sentido inverso, cuanto menos importante sea el conflicto más se amplían los límites morales. Argumentos muy similares emplean Kelman y Hamilton (1989) para referirse a la deshumanización. En el marco de una teoría que explica los crímenes de masas aporta tres procesos que explican cómo los grupos apoyan masacres colectivas. Estos procesos incluirían la existencia de obediencia y autoridad (lo que supone asumir la existencia de una autoridad superior que libra a los individuos de toda responsabilidad sobre sus actos); la rutinización (que supone considerar la acción, incluso la más terrorífica como un simple acto administrativo), y la deshumanización (que incluye un conjunto de creencias y valores que racionalizan la privación al exogrupo de las características definitorias de un ser humano). Esta última, se realiza mediante la negación al otro de la identidad personal entendida como percepción de la persona como individuo, independiente y distinguible de los otros y capaz de tomar decisiones.

También en una vertiente más individual, Bandura (1999) considera que deshumanizar es apartar al otro del escenario que obliga a todos los seres humanos a comportarse con sentido moral. Según Bandura, la socialización de las personas impone pautas morales que sirven de guía y freno de las conductas y las decisiones mediatizando su autoconcepto y su autoestima ("soy una buena persona

por haber hecho esto”, “creo que no me comporté adecuadamente con...”). Una vez desarrollado este control interno, las personas regulan sus acciones por medio de sanciones que se aplican a sí mismas. De este modo, se abstienen de comportarse de forma que puedan violar sus criterios morales. Sin embargo, este autoconcepto ético no siempre está activado y las restricciones morales se desdibujan. Según Bandura (1988) es la propia cultura o los escenarios de acción los que contribuyen a su desactivación. Y estos escenarios son situaciones que parecen cotidianas, en las que la gente decente realiza rutinariamente actividades que favorecen a sus propios intereses pero que tienen efectos humanos perjudiciales (Bandura, 1988). Esta desconexión moral, hace que los individuos perciban su conducta hostil como una reacción a) moralmente justificada a través de una reinterpretación cognoscitiva que hace que lo que es objetivamente destructivo se haga social y moralmente aceptable para ellos y para su endogrupo imaginario; b) más benigna que otras posibles conductas del repertorio personal y grupal que también estarían justificadas; y c) absolutamente aceptable. Mediante eufemismos, los grupos consiguen que el modo en que se nombra la conducta termine proporcionando un significado más benigno a la acción. El uso de palabras neutras, términos morales o etiquetas que atienden a un aspecto parcial del comportamiento consiguen este propósito. Así, para un terrorista, un atentado sangriento se codifica como “acto de guerra” o “acto defensivo”; para un ejército los daños a la población civil se llaman “efectos colaterales”, y para las fuerzas que impulsan un genocidio, el exterminio masivo se llama “limpieza étnica”. En síntesis, se trata de estrategias de reestructuración cognoscitiva extraordinariamente efectivas, pues no sólo restringen los mecanismos de autorregulación moral del individuo sino que incrementan su autovaloración moral (Bandura, 1988).

Finalmente, Schwartz y Struch (1989) consideran que deshumanizamos cuando consideramos que los valores del exogrupo no reflejan los valores de humanidad de mi endogrupo. Dado que las características típicas de la humanidad se expresan a través de una jerarquía de valores, cuando los valores o metas centrales de un exogrupo se perciben diferentes a los del endogrupo se tiende a “reducir su humanidad”. El origen del papel de la semejanza en las creencias lo formuló inicialmente Festinger (1954), aunque fue varios años después Rokeach (1960) quien propuso que algunos prejuicios grupales resultan de la percepción de que el sistema de creencias de otras personas es incompatible con el nuestro. En este sentido, deben entenderse los estudios de Haddock, Zanna y Esses (1993), y de Quiles, Betancor Rodríguez-Torres, Rodríguez-Pérez y Coello (2003) sobre la actitud hacia los homosexuales y la similitud percibida en la jerarquía de valores (importancia concedida al hedonismo, a la tradición, al poder, etc.). Para Schwartz y Struch (1989), la deshumanización del exogrupo tiene lugar a dos niveles: uno, de diferencia de valores, que supone que a mayor diferencia entre los valores adoptados por el exogrupo y los valores del endogrupo mayor deshumanización de los primeros. Dos, de capacidad para expresar valores típicamente humanos, ya que no siempre el exogrupo es capaz de reflejar valores humanos en sus acciones. Desde este punto de vista, hay valores que reflejan la humanidad de un grupo y muestran, sin necesidad de establecer comparaciones con los valores del endogrupo, en que medida el exogrupo ha trascendido su naturaleza animal y ha desarrollado sensibilidad humana y sensibilidad moral.

La deshumanización como infrahumanización

Una tercera aproximación a la deshumanización es la que proponen Leyens y colaboradores (Demoulin et al., 2004b; Leyens et al., 2000; Leyens, Rodríguez-Pérez, Rodríguez-Torres, Paladino y Vaes, 2001; Leyens et al., 2003). Para estos investigadores, deshumanizar al otro no es una respuesta limitada a exogrupos extremos o que caen fuera del universo moral de los individuos de un grupo. Al contrario, forma parte de las consecuencias que tiene la categorización social y la identificación con el endogrupo en un contexto intergrupar. En este sentido, la semilla del comportamiento cruel y hostil hacia los otros no se deriva de complejas situaciones de conflicto, sino de procesos vinculados a la propia construcción de la identidad de las personas. Esta respuesta generalizada a los contextos intergrupales se apoya en dos supuestos bien entrelazados: la sólida creencia popular en la existencia de una esencia humana que haría que las cosas fueran como son, y la fuerte prevalencia del etnocentrismo derivado de la identidad social de los individuos. Esta atribución esencialista, absolutamente ilógica dado que los grupos humanos son construcciones sociales, explicaría la tendencia que ha existido a lo largo de la historia a infrahumanizar a determinadas categorías sociales (negros, mujeres, gitanos, judíos, etc.). En su aproximación empírica al estudio del esencialismo subjetivo estos investigadores hallaron que las cualidades que las personas consideran típicamente humanas son, en primer lugar, la inteligencia (razonamiento, pensamiento), en segundo lugar, los sentimientos y, en tercer lugar, el lenguaje. Menos citadas fueron cualidades de sociabilidad positiva, moralidad y de sociabilidad negativa. Sorprendentemente, el término “emoción” apenas fue mencionado ya que, como pronto se observó, mientras las emociones (por ejemplo, la rabia, el miedo, la sorpresa, el placer) no se consideran específicamente humanas, los sentimientos se definen como emociones

específicamente humanas, que implican moralidad, cognición y sensibilidad (por ejemplo, el amor, la esperanza, el arrepentimiento, la nostalgia). De acuerdo con estos datos, la teoría implícita de la gente sobre la "esencia" humana se centra en muy pocas características: la inteligencia, los sentimientos, el lenguaje y las creencias morales. En tanto rasgos esenciales, cada una de ellas es necesaria pero insuficiente sin la presencia de las otras o, dicho con otras palabras, percibir a un grupo humano sin una de esas cualidades equivale a considerarle menos humano que percibirle con todas ellas (Demoulin et al., 2004a; Rodríguez-Torres et al., 2005).

Leyens y colaboradores centraron su investigación en el papel que desempeñan los sentimientos en la percepción social. Y ello por dos razones. En primer lugar, porque, en contraste con la inteligencia y el lenguaje, los sentimientos no dependen de las relaciones estructurales, ni del estatus relativo de los grupos (Jost y Banaji, 1994). En segundo lugar, porque constituyen una parte importante del repertorio de recursos que tanto los grupos de alto como de bajo estatus no están dispuestos a ceder en las relaciones intergrupales. Finalmente, porque, a diferencia de la inteligencia y el lenguaje, que han sido ampliamente estudiados como elementos de dominación, la atribución de sentimientos al endogrupo y al exogrupo no está respaldada por normas restrictivas de igualdad y tolerancia, ni se halla afectada por la deseabilidad social como ocurre con la inteligencia.

Estas consideraciones y la fuerte prevalencia del etnocentrismo (Sumner, 1906), llevaría a los grupos tanto de alto como de bajo estatus a autoatribuirse, de modo no siempre consciente, cualquiera de las características humanas esenciales (inteligencia, lenguaje y sentimientos), o alguna combinación de ellas. Ahora bien, si resulta cómodo y creíble para los grupos de alto estatus autoatribuirse la inteligencia y el lenguaje (al fin y al cabo basan su dominación, justamente, en esas características), y deshumanizar a los de bajo estatus privándoles de ellas, es difícil imaginar esto mismo con individuos de un grupo de bajo estatus (¿cómo podrían los palestinos deshumanizar a los israelíes argumentando que esto son menos inteligentes y poseen menos talento que ellos?). Y, sin embargo, la historia es testigo de la violencia inhumana ejercida contra grupos de alto estatus. Según Leyens y colaboradores, si es difícil que los miembros del grupo de bajo estatus se atribuyan más inteligencia y mejor expresión lingüística nada les impide considerar que tienen más capacidad para experimentar sentimientos que los otros (incluidos los grupos de alto estatus).

Este uso restrictivo de la capacidad de experimentar sentimientos localizados en el endogrupo y la infrahumanización de los exogrupos como consecuencia de la privación de esta cualidad esencial de lo humano constituye un elemento indisoluble de las estrategias de categorización y diferenciación social de las personas. La organización del mundo en categorías y la construcción de la identidad a través de las pertenencias grupales alienta en las personas la necesidad de humanizar a su grupo y restringir las esencias humanas de los exogrupos. De este modo, la atribución diferencial de sentimientos y emociones al endogrupo y al exogrupo es un indicador de prejuicio social y un instigador de conductas negativas: si los otros no son humanos, nuestras conductas hacia ellos no necesitan acatar las normas de respeto, reciprocidad o responsabilidad social (Paladino et al., 2002).

La deshumanización como privación de rasgos de naturaleza humana.

La teoría más reciente sobre la deshumanización se debe a Haslam y cols. (Haslam y Bain, 2007; Haslam, Bain, Rouge, Lee y Bastian, 2005), quienes postulan que para deshumanizar al otro no es preciso privar al exogrupo de cualidades exclusivamente humanas (EH), es decir, de cualidades que no comparte con ninguna criatura del universo como establecen Leyens et al. (Demoulin et al. 2004b; Leyens et al., 2000, 2001, 2003). Según Haslam, se puede deshumanizar privando al otro de rasgos típicos de la naturaleza humana (NH) más allá de cualquier marco comparativo. Por ejemplo, se puede deshumanizar a un grupo privándole de alegría, de sociabilidad o curiosidad, características que son típicas del ser humano pero no exclusivas ya que las comparte con muchas especies animales. Los datos exigüos que existen sobre la deshumanización como privación de cualidades de naturaleza humana proceden de varias investigaciones de Haslam (2006) que sirvieron para contrastar sus premisas con los datos ofrecidos por Leyens y cols. En tres estudios (Haslam et al., 2005), los participantes puntuaron en qué medida un conjunto de rasgos de personalidad eran exclusivamente humanos (EH), o típicos de la naturaleza humana (NH). En los tres estudios, las puntuaciones medias asignadas a los rasgos no correlacionaron o correlacionaron negativamente, señal de la consistencia y relevancia de los dos sentidos de deshumanización. En términos del modelo de los cinco grandes, los rasgos considerados exclusivamente humanos (EH) abarcaron los polos positivo y negativo de Amabilidad, Apertura y Responsabilidad mientras que los indicadores de Neuroticismo y Extraversión puntuaron muy bajo. Por su parte, los rasgos típicos de la naturaleza humana (NH) tuvieron una distribución diferente ya que abarcaron los rasgos positivos de Amabilidad, Responsabilidad,

Extraversión y Apertura y los rasgos negativos de Neuroticismo (los relativos a ambiguo, curioso, emocional, imaginativo, pasional y sociable).

Además, Haslam (2006) también concluyó de sus resultados que los rasgos de naturaleza humana (NH) se consideraban más prevalentes, más universales, más asociados a lo emocional y emergían tempranamente en el desarrollo. En contraste, los rasgos exclusivamente humanos (EH), se consideraron bajos en prevalencia y universalidad, de aparición tardía en el desarrollo y poco relacionados con las emociones (Demoulin et al., 2004a).

La capacidad de experimentar emociones, la calidez interpersonal, la curiosidad y la apertura a lo nuevo, la individualidad y la profundidad son algunas de las cualidades que se le pueden sustraer al otro dando así una imagen de frialdad, rigidez, pasividad y superficialidad. La representación del otro toma la forma de un autómatas que responde sin motivos, ni intenciones a las demandas del entorno. El objetivo de esta deshumanización es focalizar la percepción en la supremacía que se está concediendo a las distintas facetas y relaciones sociales en el mundo moderno con alguna que otra concesión a la nostalgia. Es propio desde esta perspectiva atribuir deshumanización a las relaciones en el ámbito de la medicina y la sanidad (deshumanización de la relación del médico con el paciente), en el ámbito de la educación (la alta especialización y preocupación por las tecnologías están deshumanizando al estudiante), en el ámbito del deporte (las exigencias que los medios de comunicación imponen en los deportes de elite fuerzan a los entrenadores a "diseñar" ganadores), etc.

Cinco conclusiones y una toallita húmeda

La investigación psicológica considera solidamente probado que la deshumanización es, sobre todo, un proceso intergrupales cuyo estudio trasciende el emponzoñamiento de algunas mentes y la curvatura de emociones y apetitos personales. La deshumanización está tenazmente vinculada al favoritismo endogrupal, a la discriminación automática y regalada a favor de los nuestros y al narcisismo de las pequeñas diferencias que ensanchan nuestra identidad.

Sin embargo, aún estamos en una etapa muy embrionaria. Las formulaciones son parciales, los datos insuficientes y muchos resultados revolotean inquietos en busca de una explicación. Pese a todo, cinco ideas fundamentales podrían muy bien conformar una síntesis de las propuestas aquí presentadas.

Primera, de todas las propuestas sobre deshumanización, la que cuenta con más evidencia empírica es la teoría de la infrahumanización. En un amplio abanico de investigaciones Leyens y colaboradores han comprobado su prevalencia en grupos de distinto estatus, han desvelado sus consecuencias en procesos cognitivos de orden superior (Betancor, Rodríguez-Pérez, Quiles y Rodríguez-Torres, 2005; Gaunt, Leyens y Sindic, 2004; Gaunt, Leyens y Demoulin, 2002; Gaunt, Sindic y Leyens, 2005; Quiles, Leyens y Rodríguez-Pérez, 2001), han verificado sus efectos sobre comportamientos y planes de acción (Vaes, Paladino y Leyens, 2002; Vaes, Paladino, Castelli, Leyens y Giovanazzi, 2003), han establecido las relaciones con la identidad (Cortes, Demoulin, Rodríguez-Torres, Rodríguez-Pérez, y Leyens, 2005) así como sus efectos sobre el prejuicio (Rodríguez-Pérez, Coello, Betancor, Rodríguez-Torres y Delgado, 2006).

Segunda, las perspectivas presentadas otorgan una importancia desigual a las cualidades humanas y a las consecuencias que se derivan de privar al otro de dichas cualidades. Varias de las propuestas presentadas en este trabajo, concretamente, las de Bar-tal, Opatow y Bandura son inespecíficas respecto a esas cualidades. En cambio, Kelman y Hamilton (privación de la identidad), Schwartz y Struch (privación de valores prosociales), Leyens (privación de cualidades exclusivamente humanas) y Haslam (privación de cualidades típicamente humanas pero no exclusivas) son muy explícitos al respecto. La deshumanización enmarcada en el contraste con el mundo animal (la de la infrahumanización) se caracteriza por la negación de aquellas cualidades más exclusivamente humanas. Esta deshumanización priva al otro de urbanidad, refinamiento, sensibilidad moral, racionalidad y madurez. En consecuencia, asume que se percibe a los miembros del exogrupo como gentes toscas, groseras, sin autocontrol, idiotas e incultas y cuyas conductas se hallan dominadas por bajas pasiones y apetitos animales. Por otro lado, la deshumanización que pone el acento en la falta de sensibilidad moral adelanta que la representación del otro se caracteriza por rasgos infantiles, inmaduros y propensos a la violencia errática. Finalmente, la deshumanización, según Haslam se

enmarca en el contraste con el mundo de los artefactos y, más exactamente, de las máquinas. Esta deshumanización priva al otro de cualidades humanas que no son exclusivas de esta especie.

Tercera, las distintas propuestas divergen en las condiciones que disparan la representación deshumanizada del otro. Mientras Bar-Tal (deslegitimación) y Opatow (exclusión moral) lo limitan a grupos extremos, y Schwartz y Struch (1989) a aquellos grupos que se perciben discrepantes en la jerarquía de valores, Leyens lo extiende a todas las relaciones intergrupales.

Cuarta, todas las propuestas asumen la presencia de una funcionalidad social de la deshumanización. Por un lado, satisface la necesidad de diferenciar completamente al endogrupo del exogrupo y dejar a éste último fuera de la humanidad. Por otro, el deseo de explotar al exogrupo o de hacer patente la superioridad del endogrupo.

Quinta, todas las propuestas admiten que la deshumanización es más intensa en situaciones de conflicto. En estas situaciones extremas el objetivo de la deshumanización es focalizar la percepción en la apariencia física del otro, en el cuerpo como forma deteriorada y ajena al sufrimiento profundo que se deriva de la condición humana. Ejemplos de ello son las imágenes de los presos de Abu Ghraib o de Guantánamo con los cuerpos desnudos entremezclados en una composición animal buscando causar desprecio y repugnancia.

Estas conclusiones, no cierran completamente el rico abanico de ideas que se pueden extraer de los estudios y propuestas teóricas sobre la deshumanización. Son pinceladas que con mucha buena fe y poco tiempo pretenden aproximar al estudiante de psicología a un tema emergente teóricamente y, por desgracia, muy relevante socialmente. Espero que el lector sea magnánimo al valorarlo y que aplique lo mejor de su ingenio para no concluir una imagen negativa, ni del ser humano, ni de los grupos que conforman el entramado social de su existencia. Aun así, como científicos y como profesionales no es cuestión de extraviarnos en consideraciones metafísicas sobre la naturaleza humana sino en observar, comprender y corregir la fábrica de desatinos humanos.

Por ello, no está de más finalizar subrayando que la deshumanización supone la construcción de una imagen del otro como alguien diferente e inferior. Y también la movilización de emociones intensas asociadas con esa imagen. Y que el odio y la humillación vienen inmediatamente. Y que le sigue la crueldad. Y que termina con la justificación de los comportamientos destructivos. Es una espiral que pasa casi desapercibida. Es una dinámica sutil. Como la que tiene lugar en la conocida película de Lars von Trier, "Dogville" en la que una mujer (Nicole Kidman), perseguida por unos gánsteres recala en Dogville, un pueblecito perdido que resuelve acogerla a cambio de algunos trabajos. Cuando su búsqueda se hace más tensa, la gente de Dogville empieza a pensar que tiene derecho a exigirle una compensación mayor por el riesgo que corren al esconderla. Poco a poco, sin apenas advertirlo su comportamiento se va haciendo más y más miserable. El de todos. Y lo más notable es que todos se sienten justos y morales. Porque, ni siquiera pasado el torbellino de crueldad, los grupos están dispuestos a reconocer su villanía.

Recientemente, Zhong y Liljenquist (2006) en un estudio, publicado en *Science*, comprobaron que los seres humanos tenemos un gran deseo de lavarnos, literalmente, después de haber actuado en contra de nuestras creencias, como si el agua contribuyese, de alguna manera, a enjuagar esa parte del cerebro donde se aloja la conciencia. En uno de los experimentos, los investigadores dividieron a sus participantes en dos grupos. A los individuos del primero se les pidió que recordaran una acción poco ética que hubiesen cometido en el pasado, mientras que a los individuos del segundo grupo se les pidió que recordaran una acción ética. Posteriormente, los estudiantes podían elegir entre dos pequeños obsequios: un lapicero o una toallita húmeda. El grupo al que se había pedido que recordara la acción poco ética eligió, dos veces más que el otro grupo, la toallita húmeda.

Los psicólogos sabemos desde hace tiempo que cuando las personas actúan en contra de sus propias creencias, sienten la necesidad de compensarlo. Pero lo que no sabíamos hasta ahora y, resulta realmente fascinante, es que esta necesidad se olvida fácilmente si la pasamos por agua.

Referencias

- Bandura, A. (1988). Self-regulation of motivation and action through goal systems. En V. Hamilton, G. H. Bower y N. H. Frijda (Eds.), *Cognitive perspectives on emotion and motivation* (pp. 37-67). Dordrecht, Holanda: Kluwer Academic Publishers.
- Bandura, A. (1999). Moral Disengagement in the Perpetration of Inhumanities. *Personality and Social Psychology Review*, 3, 193-209.
- Bar-Tal, D. (1989). Deligitimization: The extreme case of stereotyping. En D. Bar-Tal, C. F. Grauman, A. Kruglanski, y W. Stroebe (Eds.), *Stereotyping and prejudice: Changing conceptions* (pp. 151-167). Nueva York: Springer-Verlag.
- Bar-Tal, D. (1990). Causes and Consequences of Delegitimization: Models of Conflict and Ethnocentrism. *Journal of Social Issues*, 46, 65-81.
- Betancor, V., Rodríguez-Pérez, A. Quiles, M.N. y Rodríguez-Torres, R. (2005). Relación de la infrahumanización del exogrupo con los procesos de inferencia y memoria. *Psicothema*, 17, 447-452.
- Cortes, B., Demoulin, S., Rodríguez-Torres, R., Rodríguez-Pérez, A. y Leyens, J.Ph. (2005). Infrahumanization or Familiarity? Attribution of Uniquely Human Emotions to the Self, the Ingroup, and the Outgroup. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 31 243-253.
- Demoulin, S., Leyens, J. Ph., Paladino, M. P., Rodríguez, R. T., Rodríguez, A. P., y Dovidio, J. F. (2004a). Dimensions of "uniquely" and "non-uniquely" emotions. *Cognition and Emotion*, 18, 71-96.
- Demoulin, S., Rodríguez, R. T., Rodríguez, A. P., Vaes, J., Paladino, M. P., Gaunt, R., Cortés, B. y Leyens, J.Ph. (2004b). Emotional prejudice can lead to infrahumanization. En W. Stroebe y M. Hewstone (Eds.), *European Review of Social Psychology*, 15, 259-296. Chichester, UK: Wiley.
- Festinger, L. (1954). A theory of social comparison processes. *Human Relations* 7, 117-40.
- Gaunt, R., Leyens, J. Ph., y Demoulin, S. (2002). Intergroup relations and the attribution of emotions: Control over memory for secondary emotions associated with ingroup or outgroup. *Journal of Experimental Social Psychology*, 38, 508-514.
- Gaunt, R., Leyens, J. Ph., y Sindic, D. (2004). Motivated reasoning and the attribution of emotions to ingroup and outgroup. *International Review of Social Psychology*, 17, 5-20.
- Gaunt, R., Sindic, D., y Leyens, J. Ph. (2005). Intergroup relations in footballs finals: Predicting emotional reactions of ingroup and outgroup football fans. *Journal of Social Psychology*, 145, 117-126.
- Haddock, G., Zanna, M. y Esses, V. (1993). Assessing the structure of prejudicial attitudes: The case of attitudes toward homosexuals. *Journal of Personality and Social Psychology*, 45, 1105-1118.
- Haeckel, E. (1885). *Morfología general de los organismos*. Barcelona: Barris y Compañía Editores. (Trabajo original publicado en 1866)
- Harris, L y Fiske, S. (2006). Dehumanizing the lowest of the low. Neuroimaging responses to extreme out-groups. *Psychological Science*, 17, 847-853.
- Haslam, N. (2006) Dehumanization: An integrative Review. *Personality and Social Psychology Review*, 10, 252-264
- Haslam, N. y Bain, P. (2007). Humanizing the self: Moderators of the attribution of lesser humanness to others. *Personality and social Psychology Bulletin*, 33, 57-68.
- Haslam, N., Bain, P., Rouge, L., Lee., M. y Bastian, B. (2005). More human than you: Attributing humanness to self and others. *Journal of Personality and Social Psychology*, 89, 973-950
- Jost, J. T., y Banaji, M. R. (1994). The role of stereotyping in system justification and the production of false consciousness. *British Journal of Social Psychology*, 33, 1-27.
- Kelman, H. C. y Hamilton, V.L. (1989). *Crimes of Obedience. Toward a Social Psychology of Authority and Responsibility*. Londres: Yale University Press.
- Leyens, J.Ph; Cortes, B., Demoulin, S., Dovidio, J., Fiske, S., Gaunt, R., Paladino, P., Rodríguez-Pérez, A., Rodríguez-Torres, R. y Vaes, J. (2003). Emotional prejudice, essentialism, and nationalism. *European Journal of Social Psychology*, 33, 704-717.
- Leyens, J. Ph., Paladino, P.M., Rodríguez-Torres, R., Vaes, J., Demoulin, S., Rodríguez-Pérez, A. y Gaunt, R. (2000). The emotional side of prejudice: The role of secondary emotions. *Personality and Social Psychology Review*, 4, 186-197.
- Leyens, J.Ph., Rodríguez-Pérez, A., Rodríguez-Torres, R., Paladino, P. y Vaes, J. (2001). Psychological essentialism and the differential attribution of typically human emotion to ingroups and outgroups. *European Journal of Social Psychology*, 31, 395-411.
- Lombroso, C. (2003). *Los criminales*. Pamplona: Analecta. (Trabajo original publicado en 1877).
- Opatow, S. (1990). Moral exclusion and injustice: An introduction. *Journal of Social Issues*, 46, 173-182.
- Paladino, P. M., Leyens, J. Ph., Rodríguez-Torres, R., Rodríguez-Pérez, A., Gaunt, R. y Demoulin, S. (2002). Differential association of uniquely and nonuniquely human emotions to the ingroup and the outgroups. *Group Processes and Intergroup Relations*, 5, 105-117.
- Quiles, M. N., Leyens, J. Ph. y Rodríguez-Pérez, A. (2001). Atribuciones a situaciones de interacción ambiguas: el punto de vista de la víctima y del agente del prejuicio. *Psicothema*, 13, 565-570.

- Quiles, M.N., Betancor, V., Rodríguez-Torres, R., Rodríguez-Pérez, A. y Coello, E. (2003). La medida de la homofobia manifiesta y sutil. *Psicothema*, 15, 197-204
- Rokeach, M. (Ed.) (1960). *The Open and Closed Mind*. Nueva York: Basic Books.
- Rodríguez-Pérez, A., Coello, E., Betancor, V., Rodríguez-Torres, R. y Delgado, N. (2006). Amenaza al endogrupo y nivel de infrahumanización del exogrupo. *Psicothema*, 18, 73-77
- Rodríguez-Torres, R., Leyens, J.Ph., Rodríguez-Pérez, A., Betancor, V., Quiles, M., Demoulin, S. y Cortés, B. (2005). The lay distinction between primary and secondary emotions: A spontaneous categorization? *International Journal of Psychology*, 40, 100-107.
- Schwartz, S.H. y Struch, N. (1989). Intergroup aggression: Its predictors and distinctness from in-group bias. *Journal of Personality and Social Psychology*, 56, 364-373.
- Rothbart, M., y Taylor, M. (1992). Category labels and social reality: Do we view social categories as natural kinds? En G. Semin y K. Fiedler (Eds.), *Language, interaction and social cognition*. Londres: Sage.
- Sumner, W. G. (1906). *Folkways*. Nueva York: Ginn.
- Tajfel, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona: Herder. (Trabajo original publicado en 1981).
- Vaes, J., Paladino, M. P., Castelli, L., Leyens, J. Ph. y Giovanazzi, A. (2003). On the behavioral consequences of infrahumanization: The implicit role of uniquely human emotions in intergroup relations. *Journal of Personality and Social Psychology*, 85, 1016-1034.
- Vaes, J., Paladino, P., y Leyens, J. Ph. (2002). The lost e-mail: Prosocial behaviour induced by uniquely human emotions. *British Journal of Social Psychology*, 41, 521-534.
- Zhong, Ch. y Liljenquist, K. (2006). Washing Away Your Sins: Threatened Morality and Physical Cleansing. *Science*, 8 Septiembre, 1451-1452
- Zimbardo, P.J., Haney, C., Banks, W.C. y Jaffe, D. (1986). La psicología del encarcelamiento: privación, poder y patología. *Revista de Psicología Social*, 1, 95-105. (Trabajo original publicado en 1973).

¹ El 7 y 8 de Abril la TTLM (Radio Televisión de las Mil Colinas) gritaba el estribillo "Tienen que matar [a los tutsis], son cucarachas...tenemos que luchar; tenemos que acabar con ellos, exterminarlos, barrerlos del país entero...No deben tener ningún refugio, absolutamente ninguno."

² El ministro nipón de Salud, Hakuo Yanagisawa, el 19 de enero con el objeto de animar a las japonesas a que tengan más hijos ante el crecimiento negativo que experimenta la población nipona dijo: "El número de mujeres entre los 15 y los 50 años no varía. Como no varía el número de máquinas de hacer hijos, lo que les pedimos es que cada una de ellas haga lo mejor que pueda", apuntó el ministro, quien poco después pidió perdón a las mujeres por calificarlas de "máquinas". En cualquier caso, ha rechazado dimitir.